

LOLES LÓPEZ

Malditas mariposas



Malditas mariposas

Loles López

Esencia/Planeta

© Loles López, 2023
© Editorial Planeta, S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.esenciaeditorial.com
www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2023
ISBN: 978-84-08-27114-7
Depósito legal: B. 6.444-2023
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

NUEVE AÑOS ANTES

Jimena

«El futuro depende de lo que hagas hoy. Mahatma Gandhi.»

Me quedo mirando las letras impresas después de leerlas, recapacitando sobre esta frase que encabeza el libro que tengo entre las manos. Si es como dice Gandhi, mi futuro va a ser un auténtico muermo, y visualizo a mi yo adulto tal cual estoy ahora: encerrada en mi dormitorio, leyendo, mientras me imagino todo lo que podría vivir si... si me atreviera a ser menos tímida, menos miedosa, mucho más fuerte de lo que soy...

Cierro el libro en cuanto oigo el sonido de un coche estacionar al lado de mi casa y me asomo, veloz, a la ventana de mi habitación, la cual da directamente a la calle. Sin embargo, en cuanto veo salir del vehículo a unas personas cargadas con flotadores, toallas y todo lo necesario para pasar un día en la playa, vuelvo a tumbarme en la cama mientras resoplo con frustración al constatar que no es nadie conocido. Entonces abro de nuevo el libro, para volver a leer la frase de Gandhi y temerme que es una especie de señal divina, algo que me debería cambiar el chip, hacer que me pusiera las pilas y que me relacionara con la gente de mi edad..., esa que he ido viendo

en clase, por el pueblo e incluso en la playa, durante este año que llevamos viviendo aquí y de la cual me he ido escondiendo...

Un año y una amiga... Podría ser peor, ¿no?

Cierro de nuevo el libro al tiempo que dejo escapar un grito de desesperación y cojo el móvil para llamar a la única persona con la que he hablado más de dos palabras en todo ese tiempo, mi única amiga, que es incluso más tímida que yo. Creo que por eso mismo nos juntamos en el instituto, después de estar varios meses mirándonos desde lejos, esperando a que fuera la otra la que diese el paso hasta que ocurrió. La verdad es que no recuerdo cuál de las dos habló primero, pero fue un alivio enorme ver que al fin tenía a alguien con quien pasar esos eternos treinta minutos de pausa para desayunar, alguien que aliviara esta soledad impuesta por mí, por mi manera de ser, por esta incapacidad de abrirme a los demás, por esta timidez que me imposibilita ser lo que deseo...

—¿Te apetece venir a mi casa? Podríamos bañarnos en la piscina —digo en cuanto ella me saluda desde el otro lado de la línea telefónica.

—¿Estás sola? —me pregunta, provocando que sonría.

—Sí —contesto, ocultando adrede que no sé hasta cuándo lo estaré, pero, si Paula se entera, tengo claro que no vendrá. Nos parecemos demasiado...

—Me cambio y en diez minutos estoy ahí.

—¡Genial! Voy a ir preparando las tumbonas —comento con una sonrisa, para después finalizar la llamada y levantarme de un salto de la cama.

Saco del cajón el bikini que solo utilizo en casa, pues no se me ocurriría en la vida ponérmelo para ir a la playa o a cualquier otro sitio donde hubiese más gente, ya que este es... diminuto. De verdad que no sé en qué estaba pensando mi madre cuando me lo regaló. ¡Hasta le pregunté si se había equivocado de talla!

El caso es que lo considero escaso de tela, demasiado sugerente para mí.

Abandono mi habitación para bajar la escalera y dirigirme al pequeño jardín de la vivienda. De camino cojo del cuarto de baño de la planta inferior unas toallas y, seguidamente, salgo al exterior. Fuera, la protagonista principal es la piscina, de tamaño entre pequeño y medio, pero perfecta para nadar un poco y refrescarte en los días más calurosos. Está bordeada de césped artificial, sobre el que descansan cuatro tumbonas y, al fondo, hay una mesa redonda con sillas. Sé que hay casas con más metros de jardín y con piscinas más grandes, pero, para una madrileña acostumbrada a vivir en un edificio de pisos reducidos, esto es el paraíso.

Mientras estoy colocando las toallas sobre dos de las tumbonas, oigo el timbre de la puerta y corro para abrir a Paula.

—He traído Coca-Cola —me anuncia nada más abrir, y sonrío al ver la botella de dos litros que sujeta en las manos.

—Voy a sacar unos vasos, ve saliendo tú —le digo mientras le señalo las puertas francesas que dan al jardín, situadas entre el salón y la cocina.

Al poco rato estamos tumbadas, sintiendo el sol calentar nuestra piel, escuchando la música que he puesto en mi reproductor de MP3 y bebiendo el refresco. La vida sería genial si solo se compusiera de estos pequeños momentos, sin la presión de la sociedad a que seamos algo en el futuro, sin tener que buscar a esa persona especial con la que compartir nuestra existencia, sin todas esas obligaciones que nos abducen sin prestar atención al ahora.

El futuro me da demasiado miedo... ¿Seré algún día capaz de enfrentarme a mis temores?

—¿Te han invitado a la fiesta que organiza Yaiza en su casa? —me pregunta Paula mientras se coloca la mano encima de los ojos, a modo de visera, para mirarme, y me obliga a salir de mis pensamientos para contestarle.

—No sabía ni que iba a hacer una fiesta... —bufo incorporándome ligeramente para coger el vaso y terminarme la bebida—. ¿Y a ti?

—No... pero a Sofía, sí; me lo ha contado hoy... Es este sábado —añade, y asiento.

Sofía es una chica de nuestra clase y, cómo no, a lo largo de este curso que hemos acabado ha sido mucho más popular que nosotras dos juntas, por eso Yaiza la ha invitado; como era de esperar, no hemos corrido la misma suerte.

Sí, esta es la historia de mi vida, y da igual que esté en Madrid o en Lanzarote, siempre acabo siendo la pringada a quien nadie invita, a la que todo el mundo ignora, aunque sé que, en cierto modo, es por mi culpa...

—Me voy a meter en el agua —suelto con resolución mientras me levanto, intentando deshacerme de esta sensación de abatimiento, para después, enseguida, tirarme de cabeza y sentir el contraste de mi piel caliente con el agua fría, lo que me hace ponerme a nadar rápido para entrar en calor lo antes posible. ¡¡El agua está helada!!

Al poco rato oigo cómo Paula también entra en el agua y la veo nadar hasta mí. Tiene la piel de un color aceitunado que me encanta, porque parece que siempre esté bronceada, algo que a mí me cuesta lo increíble por mi tono pálido de piel.

—¿Qué vamos a hacer, Jimena? —me pregunta mientras nos detenemos en la parte donde el agua no nos cubre para hablar.

—¿A qué te refieres?

—Hemos cumplido este año los diecisiete y seguimos como cuando nos conocimos... —contesta, y asiento con resignación, porque tiene más razón que un santo—. Siguen sin invitarnos a las fiestas, ningún chico se fija en nosotras y... jolines, Jimena, estoy harta.

—Ya... —bufo—. Yo también, pero ¿qué podemos hacer?

—No lo sé, pero tú tienes suerte. Ya me gustaría a mí tener un hermano mayor tan popular; le diría que me llevara con él a todas partes —comenta medio en broma medio en serio, y la miro, asombrada.

—Como si fuera un llavero, ¿no? —replico, imaginándome tal cual mientras niego con la cabeza y miro a mi amiga—. No te creas que es tan maravilloso tener un hermano... —resoplo con hastío—. Pero, volviendo a nuestro problema, algo tenemos que hacer. ¡Lo que sea! Este debe ser el último verano que pasemos así, escondidas y solas... Aunque nos muramos de vergüenza, vamos a salir, vamos a conocer a chicos y... ¡vamos a dar nuestro primer beso! —añado, envalentonada, provocando que mi amiga asienta a cada una de mis palabras con fervor.

¡Qué sencillo sería todo si tan solo con proponérselo bastase para que se cumpliera! Haría tantas cosas... Sin embargo, es llegar el momento de actuar y ahí mis fuerzas comienzan a menguar, dejándolo en eso, en propósitos, en meras palabras...

—¿Dónde estás, enana? —oímos de repente la voz de mi hermano.

—¡En la piscina! —contesto lo suficientemente alto como para que me oiga.

Paula abre los ojos desmesuradamente, haciendo que pueda ver las líneas oscuras que cruzan sus iris marrones, para después boquear como un pecesito y hundirse un poco más en el agua, como si haciendo tal cosa nadie pudiera ver que está ahí. Le guiño un ojo con ternura, ya que sé que después me va a recriminar que no la haya informado de que no estaríamos del todo solas; no obstante, en mi defensa argumentaré que tampoco sabía cuándo volvería Lucas de entrenar.

Nos quedamos mirando la abertura de las puertas francesas hasta verlo aparecer. Lleva un pantalón corto azul y una camiseta de tirantes blanca. Al verme, sonrío, mostrando esa sonrisa que todos dicen que nos hace algo más parecidos, aunque

somos como la noche y el día. A veces pienso que es imposible que seamos hermanos, ya que somos muy distintos, tanto en el físico como en la personalidad.

Alza la mano a modo de saludo mirando directamente hacia mí, para después llevarse dicha mano a su cabello castaño claro, tanto que en verano parece que tenga mechass rubias, que lleva ligeramente largo por arriba y rapado por los lados. Me dispongo a devolverle el gesto, pero no puedo... ya que, de pronto, descubro perpleja que, detrás de él, viene otro chico, e imito a mi amiga, hundiéndome hasta la barbilla, sintiendo que las mejillas me queman.

Es la primera vez que lo veo, y me parece raro, puesto que, de una manera u otra, todos los habitantes de por aquí nos conocemos de vista... Es lo bueno de vivir en un pueblo. Me percató de que Lucas le dice algo a su acompañante que lo hace sonreír de una manera chulesca, prepotente, y trago saliva al darme cuenta de que es endiabladamente guapo. Posee un rostro algo alargado y sin duda muy expresivo. Tiene la piel bronceada, por lo que se deduce que pasa horas en la calle o tal vez en la playa. Su cabello, castaño y ondulado, cae de una manera rebelde sobre su frente, otorgándole un aire indómito, gamberro y peligroso. Su mirada es impenetrable, despierta, inteligente, como si pudiese ver más allá de lo convencional; desde donde estoy no puedo distinguir exactamente el color, aunque apostaría a que son de una tonalidad de marrón claro. Su labio superior es fino, muy arqueado y el inferior es totalmente lo opuesto, mucho más voluptuoso, y, al mordérselo con los dientes —lo está haciendo en este instante para frenar una sonrisilla macarra—, se puede apreciar lo grueso que es. Tanto la nariz como las cejas parecen pintadas sobre su rostro, ya que armonizan a la perfección con él, fusionándose. Su cuello, sus hombros, son fuertes, atléticos, y se nota a la legua que le encanta hacer deporte como a mi hermano. Va vestido con unos panta-

lones cortos negros y una camiseta de tirantes del mismo color, por lo que puedo ver sin problemas un complejo tatuaje tribal de tinta negra que parte de su antebrazo derecho hasta alcanzar el hombro. Jolines, es mucho más que guapo y eso solo puede significar que me voy a comportar como una imbécil delante de él.

¡¡Maldita sea la timidez!!

—Ey —saluda Lucas a Paula, y esta alza la cabeza a modo de saludo, para seguir hundida en el agua. ¡Vaya par nos hemos ido a juntar!—. ¿Es verdad que no te vas a ir con papá y mamá de vacaciones? —me pregunta, y me doy cuenta de cómo su amigo disimula de nuevo una sonrisa, como si le hiciese gracia tal cuestión.

—Ya soy mayorcita como para ir con ellos a todas partes, Lucas —respondo en un vano intento de que se dé cuenta de que ya no soy una cría y que deje de tratarme como tal.

—Tenía planes para estos días, enana, y estando tú aquí... —resopla con frustración, mirando a su amigo, que se encoge de hombros—. Vamos a tener que cambiar de programa, Héctor —le dice, y su amigo, simplemente, sonrío despreocupado.

—O contratar a una niñera —le suelta el tal Héctor, y oír su voz, grave, profunda, con un sutil acento canario casi imperceptible (algo extraño, ya que aquí todos lo tienen de manera muy marcada) me hace erguirme lo suficiente como para que el agua me llegue al cuello.

—No necesito ninguna niñera —murmuro, notablemente más nerviosa. ¿Por qué tengo la sensación de que el amigo de mi hermano se está riendo de mí?—. Puedes hacer lo que te dé la gana estos días, que yo me apañaré sola.

—Ya hablaremos luego —responde Lucas mientras niega con la cabeza para después mirar a su colega y los dos se echan a reír, como si acabaran de oír algo supergracioso que no en-

tiendo y que me hace frustrarme todavía más—. Vamos, niñas, salid de la piscina que nos toca meternos a los mayores.

—Hemos llegado nosotras primero —replico, rezando para que mi hermano me haga caso y se larguen para salir del agua sin espectadores. ¡¡Que llevo un ridículo y escaso bikini, por Doooossss!!

Sin embargo, Lucas y su amigo se quitan las camisetas de tirantes —por lo que desvió rápidamente la mirada para no quedarme enganchada al atlético torso de Héctor—, se acercan a la piscina sin decir nada, como si no me hubiesen oído o dando por hecho que nos iremos si ellos entran. Paula y yo nos miramos tan sonrojadas que nos podrían confundir con dos cangrejos, apartando la vista de ellos como si nos diese apuro ver sus fibrosos cuerpos trabajados duramente en el gimnasio, para después oír cómo los dos, a la vez, se sumergen en la piscina, provocando que tanto mi amiga como yo comencemos a nadar como posesas hacia la escalerilla sin mirar, ni siquiera, dónde están, pero siendo conscientes de que la piscina no es precisamente grande, así que podrían situarse a nuestro lado en dos parpadeos.

—Eres un imbécil, Lucas —le recrimino mientras veo a Paula subir por la escalerilla y echar a correr hacia la tumbona para taparse con la toalla.

—Un imbécil que tendrás que aguantar sin la ayuda de papá y mamá. Yo, de ti, me replantearía lo de quedarte en casa y elegiría irme con ellos. Piénsalo bien, estarás dos semanas sin verme el pelo —me dice, mostrándome una sonrisa arrogante y confiada.

Niego con la cabeza al tiempo que lo miro con rabia, ya que no comprendo la razón por la cual mi único hermano disfruta tanto haciéndome rabiar, para después coger el pasamanos de la escalerilla metálica y comenzar a subir centrándome en no resbalarme, en armonizar los movimientos para no acabar ha-

ciendo un ridículo extremo delante del amigo de Lucas y, además, salir lo antes posible del campo de visión de ese tipo.

No sé qué ha pasado, pero las risitas ahogadas que oí tras de mí se han evaporado. Miro a Paula, que me espera cerca de las puertas francesas con la mirada clavada en el suelo, y acabo de salir, me dirijo a la tumbona y cojo la toalla, que me enrolló alrededor del cuerpo rápidamente. Luego me giro y veo a Héctor en el extremo opuesto de la piscina, mirando hacia la valla exterior, y a Lucas nadando, ajeno a lo que me ha hecho sin percatarse, como si le diese igual humillarme delante de mi única amiga y de ese tipo que es la primera vez que veo. Voy casi a la carrera hacia Paula y tras pasamos las puertas francesas dejando escapar el aire a la vez, para después mirarnos y acabar sonriendo como bobas, ya que ambas hemos pasado un mal trago que, por lo menos, ha acabado relativamente bien. Hemos salido del agua sin oír ningún chascarrillo por parte de esos dos. ¡¡Bien por nosotras!!

—Tu hermano está cada vez más guapo —me suelta, y mi sonrisa se desvanece para resoplar con hastío, sin ocultar mi cabreo.

—Y más idiota también. No sé qué leches le pasa este año, pero ha vuelto de la universidad más insoportable de lo que normalmente es... ¡Solo lleva una semana en casa y estoy deseando que se vaya! Solo de pensar que voy a estar estos días sola con él... Uf.

—Su amigo también está muy bien...

—¿Lo conoces?

—Lo he visto un par de veces por el pueblo acompañado en ambas ocasiones de Lucas. Por lo que he oído decir por ahí —me cuenta Paula, que es la que me informa siempre de los últimos cotilleos—, tu hermano lo conoció en Las Palmas y se vinieron juntos.

—Ah... —murmuro, porque no tenía ni idea de que Lucas se había traído un amigo a la isla.

—Estaba pensando que, cuando tus padres se vayan, siempre me puedes llamar para que venga y así te hago compañía —me dice, y sonrío mientras nos dirigimos a mi dormitorio—. No sabes la suerte que tienes, Jimena. Tienes un hermano con amigos que están, francamente, muy bien y... seguramente hará fiestas cuando tus padres no estén.

—¿Tú crees que por eso no quiere que me quede? —tanteo, ya que no se me había ocurrido esa opción.

—Seguro.

—Pues, Paula, si celebra alguna fiesta aquí... tú te vienes —añado con resolución, y mi amiga sonrío, complacida.

—Este verano va a ser especial, Jimena. ¡Lo presiento!

Sonríó sin responderle a esa declaración tan optimista, ya que mi voz interior —y no sé si se debe al enfado que tengo en estos momentos o a otra circunstancia que se me escapa— me grita que tenga cuidado, que esté alerta y que opte por la elección más sencilla, que es, cómo no, irme con mis padres a Escocia. Sin embargo, desecho tal opción nada más visualizarlo en mi mente, ya que me he cansado de elegir siempre el camino sencillo y, aunque no esté del todo convencida, voy a quedarme. ¡Está decidido! Y, como dice Paula, vamos a hacer de este verano algo especial, algo que nos cambie de una vez por todas... algo que marque un antes y un después.

Aunque suponga derribar miedos, vergüenza y salir de nuestra zona de confort, lo haremos.